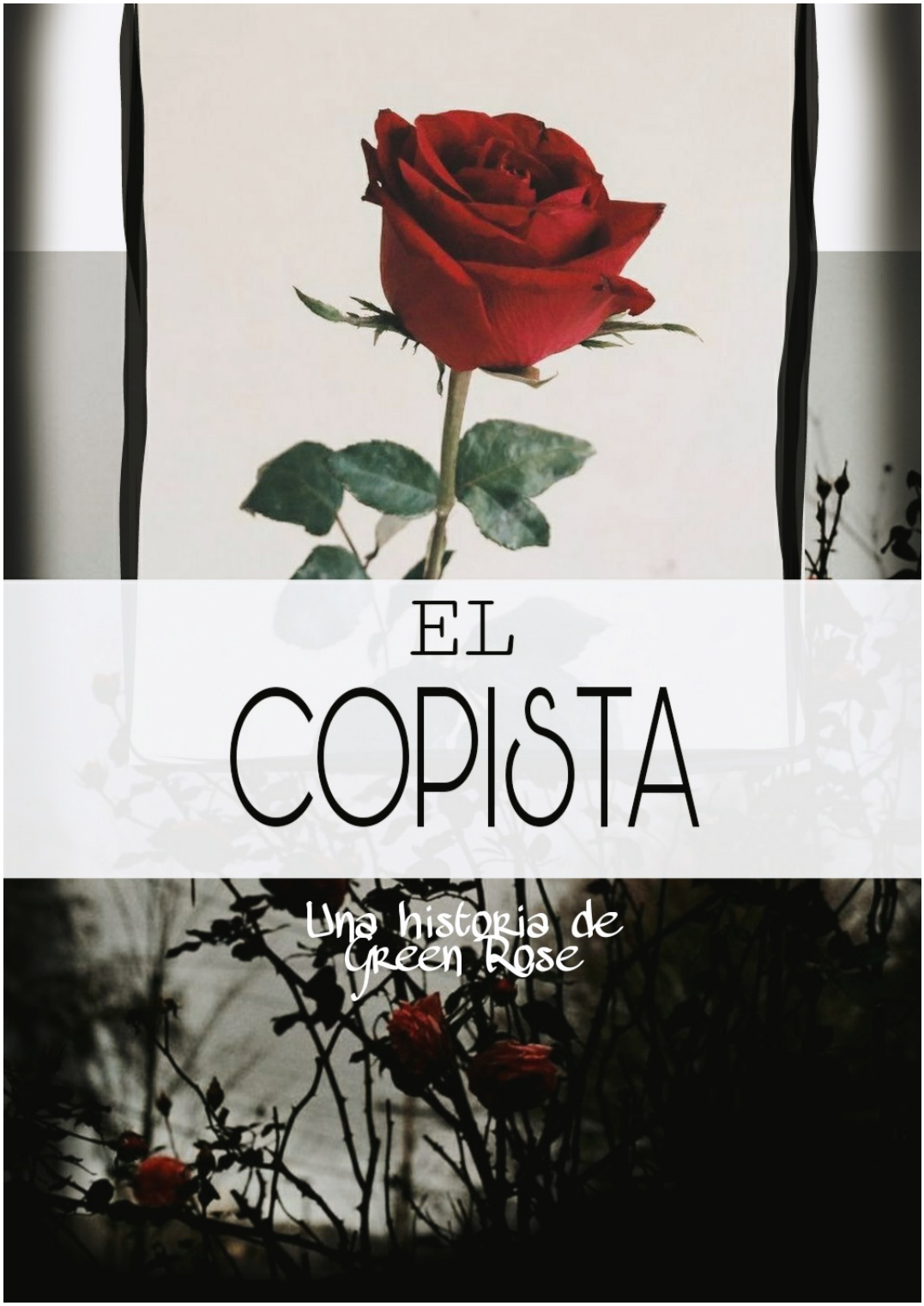
EL COPISTA

Green Rose



Capítulo 1

-|W|-

<< Imaginad la tenue luz que ilumina un copo de nieve al caer, así de fugaz y cálido es el dolor. Pero no se le suele describir así. Quizás porque la gente le tiene miedo a la calidez de emociones tan tristes. >>

***

-¿Acaso no tengo salvación? – Me susurró un joven con la voz temblorosa pero firme, en un vago intento de conservar la compostura frente a una dama.

Lo miré con gesto impasible e incliné la cabeza cerrando los ojos brevemente, dando a entender que meditaba su situación con la cautela protocolar debida, aunque en realidad, pensaba en lo incómodo que era todo esto de ejercer como consultora en mis días libres. El moño que me sujetaba el cabello azabache estaba tan apretado, que la cabeza empezaba a dolerme y el vestido de cuerpo entero beige con listones bermejos me asfixiaba con el cuello alto (diseño considerablemente estúpido en esta época del año).

Pero esto era parte de mi castigo.

-El contrato base tiene un formato innegablemente decente. - comenté mientras pasaba la mirada por los documentos referidos que reposaban sobre mi escritorio. – pero a razón de estar redactado bajo cláusulas generales, el estipulante no pudo evitar la omisión de algunos puntos que

podrían favorecerle por ahora.

Miré de reojo al sujeto en cuestión, que atendía a mis palabras en silencio, tal vez memorizando lo que le iba diciendo para después solicitarle a algún escribano la redacción de estas revisiones a cambio de dos piezas de cobre. Estas cosas eran cada vez más frecuentes porque al gobierno central poco le importaba que el analfabetismo se estuviese extendiendo como plaga por estos lares.

-Aquí. -Señalé una de las hojas del contrato y pasé suavemente el dedo índice por el penúltimo párrafo. – No se indicó de manera expresa que el pago debía de ser entregado en forma íntegra a la cuarta luna. Indubio pro debitore; hágase usted un favor, y empiece entregando al menos dos de las trescientas alforjas de trigo para ese entonces, le aseguro que ni el gobernador Cabillis podría negarse a aceptar dicho ofrecimiento. Sobre todo, porque es de práctica común la entrega parcial en este rubro del comercio. ¿Algo más?

Los ojos del chico destellaron unos segundos, y luego rompió a llorar mientras hacía el ademán de alcanzar las hojas del contrato que yo le estaba devolviendo. Después de todo, lo había ayudado con una deuda de alrededor de 40 saldos de plata. Lo cual -si bien no era una cantidad inconmensurable- para pequeños granjeros podía significar la diferencia entre un mes de estabilidad …o uno de penurias.

***

Últimamente, en esta región (que quedaba entre los bordes del valle Talem y la ciudad de Hayang) daba la sensación de que el tiempo transcurría de manera aletargada; y el calor que se desprendía del verano solo empeoraba las cosas. Para cuando el joven se retiró, el cielo rozaba los matices del atardecer. Felizmente, éste había sido el último cliente del día, y menos mal que así era. Ya no tenía energía para seguir recibiendo más casos.

-Dime Gohyung ¿Por qué torturan a una joven noble con este tipo de tareas domésticas? .- Le pregunté a mi asistenta con tono amargado, ya sabiendo de antemano los reproches que me caerían como respuesta.-

-Señorita Kang, no puedo creer que califique estas labores como "tareas domésticas"- replicó la adjunta con tono cansado, mientras se remangaba la blusa de lino para comenzar a guardar el material de trabajo. - ello se lo entendería si la estuviesen obligando a lavar la ropa o a fregar los platos de la corte. Debería sentirse agradecida por la oportunidad de trabajar en un puesto reservado para el conocimiento jurídico. Sabe que las damas que ejercen profesiones que impliquen estudios avanzados no son vistas con buenos ojos por parte de las Karias, que son las señoras de los hacendados más poderosos de la región. Ello por sí solo debió desanimarla de empezar estudios de esta naturaleza. Así que, si va a quejarse, por favor, hágalo en silencio.

Asimilé las palabras de la señora Goh -quien ya debía rozar los 40 y podría ser tan juiciosa como la matriarca del pueblo Ende- con evidente docilidad, pero igual me dejaban un pequeño sabor amargo en la boca.

-Imaginad la tenue luz que ilumina un copo de nieve al caer, así de fugaz y cálido es el dolor. -Murmuré mientras me acercaba a una de las

ventadas de la oficina de consultoría en la que nos encontrábamos encerradas hasta nuevo aviso. Las paredes blancas capturaban débilmente el color dorado de la tarde y la madera que bordeaba las ventanas hacía un contraste rústico casi exquisito con las decoraciones rojas y azules pintadas del lugar, que representaban flores y aves en forma de vectores, sin entrar en sus detalles, como si solo se nos permitiese ver sus sombras de colores. Esta oficina correspondía a una de las muchas divisiones departamentales del servicio administrativo de palacio abiertas al público, y fue construida en el lugar menos accesible posible: un bosque lleno de pinos y sauces a espaldas del pueblo más cercano a la ciudad de Hayang.

-Disculpe señorita, no la entiendo. -Respondió Gohyung confundida por las frases sin contexto que escapaban de mis labios.

- "Imaginad la tenue luz que ilumina un copo de nieve al caer, así de fugaz y cálido es el dolor. Pero no se le suele describir así. Quizás porque la gente le tiene miedo a la calidez de emociones tan tristes." Es un fragmento de un libro que me encontré esta mañana mientras buscaba con qué entretenerme en la biblioteca. -me expliqué

-Usted tiene gustos muy interesantes señorita Kang. Es una pieza de arte bastante bella. – Respondió Gohyung a la vez que guardaba las plumas y el tintero en los cajones correspondientes, en movimientos totalmente rutinarios.

-Fama, poder, riqueza. ¿No son todas ellas las aspiraciones de cualquier hombre?

- ¿Cómo dice? – Me inquirió nuevamente Gohyung sin dejar de guardar nuestros utensilios.

-Estaba pensando… el autor del escrito que cité hace unos momentos no ha dado a conocer su nombre verdadero. Escribe bajo el seudónimo de "Jun" y nadie tiene pista alguna de su paradero o rostro. Fama, poder, riqueza; para ganar todas ellas, se requiere no solo de talento, sino también de la sabia intención de querer darlo a conocer. ¿No lo cree usted así?

-Bueno, a lo mejor este autor tiene otras prioridades en su vida…

- ¿Otras prioridades? - pregunté con genuina curiosidad. - ¿Cómo qué?

-Ay señorita, ¿Qué sabré yo?- se disculpó Gohyung, condescendiente- Solo soy su cuidadora y a veces le sirvo como asistente. No lo sé… a lo mejor no quiere la fama porque prefiere una vida tranquila con su familia, a lo mejor no quiere lujos porque tiene lo necesario para vivir cómodamente. Si todas las personas viviésemos así, hasta el mismísimo

cielo le tendría envidia a esta terrenal existencia.

- ¿Es así? Si yo fuese este hombre, pienso que no tendría otras prioridades. -Cavilé en voz alta- La buena crítica de la obra podría comprarle un lugar en las cenas de las altas castas, ello si asumimos que el renombrado señor Jun no es un noble. Asimismo, cualquier mecenas estaría dispuesto a respaldar semejante trabajo. En poco tiempo, el dinero recaudado con las ventas del libro podría alcanzar para comprar sendos terrenos ubicados más allá del valle Talem. Se haría rico… y luego encontrar una Karia no debería resultar complicado…

-Eso es proyectarse demasiado señorita, ¿Acaso usted piensa que el Señor Jang o como sea que se llame no gana dinero por la obra que escribió? -Inquirió Gohyung con auténtica intriga

-Jun. -corregí el nombre con rapidez para comenzar a explayarme en mis ideas- Lo que ocurre, es que este libro ha llegado a los archivos de las bibliotecas de la forma más fenomenal posible. No hay un mecenas detrás, no hay títulos de exclusividad que respalden el contenido de la obra, por eso cualquiera puede publicar un libro idéntico, y venderlo como si fuese suyo. Pero he ahí lo maravilloso del caso: Nadie osa hoy en día hacer algo como eso. ¡Y claro que no se han atrevido! Porque todo el que tenga un par de ojos bien puestos y estudios básicos de lectura, reconocería la obra del famoso Jun, y venderla bajo cualquier otro nombre o seudónimo sería no solo absurdo, sino un acto desvergonzado, que recibiría el repudio público del mundo letrado. Sí, al inicio algunos escribanos lo intentaron, pero los libros ganaron popularidad tan rápidamente, que les fue imposible suplantar la identidad del autor original. No. Estos libros no llegaron a mis manos gracias a la inversión de algún patrocinador que vio lo brillante de la obra, ni tampoco por la venta ilegítima de los ávaros comerciantes de libros…

-Y entonces… ¿Cómo hay tantos ejemplares señorita? -Interrumpió Goh

-Copistas. -Revelé con un ligero centelleo en los ojos.- Muchos de ellos han pasado sus vidas enteras copiando y transcribiendo textos para luego venderlos a precios exorbitantes. No modifican nada del texto, no tocan puntos ni comas, su única labor es reproducir las exactas palabras de los manuscritos. Ni más ni menos. Y la calidad de su trabajo se mide en función a estos criterios. Si por ahí un cliente encuentra que su copista cambió algún término de un pergamino de doce mil palabras, probablemente ya no vuelva a solicitar sus servicios en lo sucesivo. Por ello, en dicho negocio es altamente importante el buen nombre y reputación del copista que se haga cargo.

Miré alrededor y dejé reposar la vista en uno de los grafitos para escribir que aún faltaba guardar, y que Gohyung había dejado sobre el escritorio de la oficina.

Hablar en voz alta sobre lo ocurrido en el caso de Jun me ayudaba a creer que los milagros así podían suceder en el mundo real. Que no siempre la codicia del negocio fácil triunfaba sobre el reconocimiento social que el autor de una pieza magistral debía gozar.

Los copistas se habían encargado de reproducir y vender la obra de Jun, pero habían tenido la decencia de mantener el seudónimo con el que popularmente la gente hacía referencia al autor. Por supuesto, había copistas que cobraban desde dos saldos de bronce hasta setenta piezas de plata por el trabajo (siendo que no se podía esperar mucha fiabilidad del texto al original con respecto a las copias poco onerosas). Pero aún así, la esencia de la historia siempre trascendía a la escritura de una forma u otra.

La copia que yo tuve la suerte de alcanzar a leer en la única biblioteca de Talem había costado cerca de cincuenta y dos piezas de plata y nueve de cobre.

Y por pequeñeces como esta, me sentía una persona afortunada.

***

El viaje a caballo hacia el pequeño pueblo del valle Talem era no solo engorroso, sino también agotador, de unas cinco horas y algo más. Por lo que cada fin de jornada diaria, tanto Gohyung como yo, permanecíamos en la vieja oficia administrativa, que fungía como sucursal de la corte para resolver controversias menores (como los derechos de propiedad sobre el maíz arrastrado por el viento de una finca a otra); siendo que también se

tenía una diminuta versión de los departamentos de contabilidad y asesoría de la corte real de Cádez.

Originalmente, yo laboraba como funcionaria de la corte de justicia de Hayang, pero por cosas de la vida (acompañadas de muy mala suerte), había terminado por ser transferida- o mejor dicho relegada- como copiadora de textos aquí (se requería de personal para transcribir libros completos y venderlos en el mercado del lugar). Adicionalmente, en mis días libres, debía desempeñarme como asesora legal (ya que no podían darse el lujo de desaprovechar mis 5 años de experiencia forjados en la sede de justicia de Hayang). Es de esta forma, que a mis 26 años, me sentía totalmente atrapada en esta situación llena de sinrazón y olor a pino.

// Nota del autor: Hasta aquí he llegado. Espero les haya gustado este bosquejo de historia, voy a ir arreglando varias cosas conforme voy avanzando. Pero quería ir compartiendo mis avances de todas formas.